

Colección *LOS LIBROS DEL RATÓN*

Teo es un chico alegre, que vive con sus padres y su abuela. Aunque le gusta ir a la escuela, últimamente está un poco triste y preocupado porque Hernán, un compañero nuevo, no para de molestarlo. Y no solo a él, sino también a Mariana, su mejor amiga. Con la inundación que sufrió la ciudad de La Plata en el año 2013 como telón de fondo y la ayuda de su particular tía y de su mascota, la tortuga Antigua Pasolento, Teo deberá enfrentarse a una de las decisiones más difíciles y aprenderá una lección que lo ayudará para el resto de su vida.

Información sobre la autora y el ilustrador



MARÍA GABRIELA CASALINS (La Plata, 1961) es profesora en Letras por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Desarrolló su carrera docente en el Colegio Nacional, en el Bachillerato de Bellas Artes y en el Instituto Santa Teresa de Jesús. Es profesora y capacitadora docente del Instituto Eureka para la Educación del Pensamiento. Ha publicado el libro *Cara y Ceca de la escritura*, editado por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP a cargo de la escritora Graciela Falbo, y *Animalia* con la editorial Al margen. Sus cuentos han recibido menciones en diversos concursos.



LAURA AGUERREBEHERE (LA PLATA, 1982) es ilustradora y Profesora de Artes Plásticas con orientación en Escenografía por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Algunas de las obras que ha ilustrado son *De chocolates y mascotas dulces*, *¿Lobo está?* y la colección *Querido Diario*. Además, desde hace varios años se dedica a la dirección de arte en cine y televisión.

Sugerencias para el docente

Antes de leer

Mostrar a los alumnos la tapa del libro, pedirles que observen con atención la ilustración y, luego, conversar entre todos a partir de preguntas como las siguientes:

- ¿Cómo es la expresión de los chicos que allí aparecen?
- ¿Qué están haciendo las nenas que se ven en el fondo?
- ¿Qué clase de mascota acompaña a Teo?
- ¿Qué imaginan que será lo que Teo no dice?

Lectura oral

Leer en voz alta los tres primeros capítulos de la novela o delegar la tarea en un grupo de alumnos.

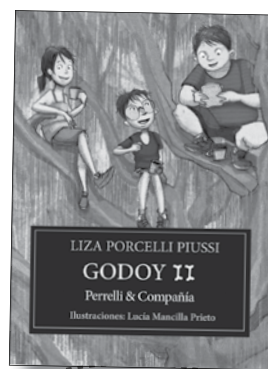
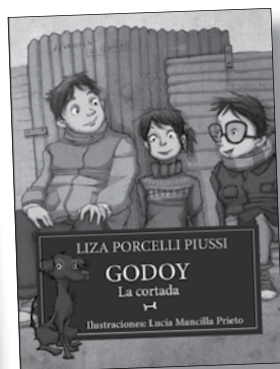
Después de leer

PRODUCCIÓN ORAL. Se recomienda propiciar un espacio de debate para que los alumnos intercambien opiniones y elaboren conclusiones de manera colectiva e individual acerca de los siguientes temas que son abordados en la novela:

- el maltrato entre compañeros;
- el compañerismo y la amistad;
- el diálogo con los mayores;
- la inundación en la ciudad de La Plata en el año 2013.

PRODUCCIÓN ESCRITA. Proponer la resolución de las actividades de la página 33. Estas fueron pensadas a partir de los contenidos curriculares sugeridos para quinto grado.

Otros títulos recomendados



Lo que Teo no dice

I

Que habla de los nombres de las tortugas y de lo que pasa con ellas cuando llueve a cántaros

Antigua Pasolento era una tortuga como todas. O al menos eso creíamos en mi casa. Comía sandía y lechuga de tanto en tanto, pero lo que más le gustaba era el pepino. Se lo cortaba la abuela Martita en rodajas finas. Ella, se lo llevaba al solcito, y ñam, ñam, se lo iba comiendo sin apuros. Tenía un caparazón algo extraño, eso sí: la placa de la parte más alta sobresalía un poco como si fuera un botón. Tal vez era la cicatriz de alguna herida vieja. A veces las tortugas pelean.

Como toda buena tortuga, amaba las flores de la rosa china. El problema es que mi abuela Martita también ama su rosa china amarilla.

Cuando nadie la estaba mirando, la tortuga siempre le atacaba la planta:

-¡Salí de ahí, tortuga loca! -le gritaba la abuela Martita y la corría con la escoba.

Al principio, nosotros le habíamos puesto de nombre “manuelita”. ¿Por qué? Toda tortuga argentina se llama así, por la de María Elena, ¿no? Con minúscula. A nadie se le ocurría otro nombre y le quedó ese.

Sin embargo, ese no era el verdadero. Esta, y otras muchas cosas sobre nuestra tortuga, yo las supe mucho tiempo después.

Todo empezó con la inundación. Sí, un día en mi ciudad comenzó a llover, y a llover, y a llover, y a llover.

Cayeron baldes de agua.

El agua se hizo un río en la calle y después entró a las casas sin pedir permiso, a los gritos.

Estaba tan enojada que no le importaron las puertas, ni las ventanas, ni la gente que se tuvo que subir a las sillas, de las sillas a las mesas, de las mesas a lo alto de los muebles. Algunos, buscando escaparse del agua traicionera, hasta se subieron a los techos como mi amiga Marianita que terminó en el de su casa con los abuelos y con Teddy, su perro. Nosotros en casa nos trepamos a la mesa del comedor mientras papá y mamá subían los muebles donde podían. Después nos fuimos a mi dormitorio que quedaba en la parte de arriba.

Desde la ventana mirábamos la lluvia en el patio que ya era un lago. Solo le faltaban los patos. Y ahí fue cuando la vi. Allí estaba la tortuga, nuestra manuelita, flotando en el agua que se la llevaba de aquí para allá, de una





pared a la otra. Con las patas y la cabeza escondidas en el caparazón, parecía una pelota de rugby. Después entraba en un remolino, se hundía y volvía a salir.

Yo pensaba “ahora no sale más”. Pero me tranquilizaba acordándome de que las tortugas viven muchos años. Y cada vez que perdía las esperanzas, ella salía otra vez a flote, como un barquito de papel.

El agua subió y subió. Yo, desde la ventana de mi cuarto, la veía subir y tapan el patio que ya parecía una pecera. Se trepó a la medianera y pasó de largo.

Muchas cosas pasaron flotando: los chiches del bebé de la vecina, el tendedero de la ropa, una silla de plástico, una ensaladera, un mueble color verde, Don Pancho subido a un bote y mucha gente que yo ni conocía, con caras desesperadas.

Mi papá alcanzó a pescar a todos. Uno por uno con el palo de la escoba y medio cuerpo afuera. Se agarraban al palo y mi papá los arrastraba. Después los hacía entrar por la ventana de mi habitación.

Todos pasaron con nosotros esa noche. La “noche del diluvio”, como la llamó la abuela Martita.

¿Y la manuelita? A la manuelita no la pudo salvar. Las tortugas no tienen manos.

II

De lo que entró por la ventana de mi cuarto

Así estaba yo, pensando en mi tortuga, viendo cómo mi papá rescataba gente. Y de pronto, veo que hace entrar a un chico. Todo mojado como estaba me costó

reconocerlo, pero era él: Hernán.

¿De todos los chicos que podían entrar por mi ventana en una noche de inundación tenía que ser él?

Hernán. El que me molesta en la escuela.

El que se burla porque me gusta leer.

El que se ríe de cómo corro en Educación Física.

El que me agarró del cuello en el baño cuando le dije que si seguía molestando le iba a decir a la maestra.

El que me dice: “Anteojudo”, “Chicato”, “Gordo papa”, “Mariquita”. Y yo podré ser anteojudo porque no veo nada de nada, pero gordo no soy. Soy “corpulento”, como dice mamá. Y de lo de “Mariquita... Eso es “discriminación”, como dice la tía Mabel.

Hernán es el que se burla no solo de mí, sino de otros compañeros a los que llama “hormigas”.

El que la hace llorar a Marianita todos los días.

Muchas, muchas veces me dieron ganas de defenderme

o de defender a los chicos. Pero la verdad es que no me animo. Hernán es grandote. Y siempre lo acompañan los de su “banda”, que en realidad son casi todos los chicos del año. Y si yo me peleo, me quedo solo. Más solo de lo que ya estoy.

Y no es que no traté. Hablé del problema con Martín, que era mi amigo desde el jardín y que ahora está en la banda de Hernán. Me dijo, mientras me llevaba detrás de una columna para que no lo vieran:

-Mirá Teo, yo estoy en “la banda”, porque si no, no existís. Y vos harías muy bien en ser de la banda también.

Así te dejan de pegar y de molestar.

-Ah, no, yo no soy ningún matón -le dije.

-Entonces jorobate, che. Y no me hables más.

Y ahora, parado en mi cuarto, está él, justo él. Y mi papá que me mira y me dice:

-¡Mirá Teo a quién rescatamos! ¿Este no es Hernán?

-y me mira con cara rara, mientras se pone a conversar con el papá y la mamá de Hernán que están mojados, mojadísimos.

Mi mamá alcanza toallas, presta ropa, ceba mate caliente.

Le convida galletitas a Hernán y me reta porque estoy como petrificado y hay que atender a la gente.

Hay cosas injustas en la vida: una es que se ahogue mi tortuga y la otra..., de la otra mejor ni hablar.

III

Hernán

La cosa había sido el año pasado. Toooooo el año pasado.

Entero. Porque este año se la agarró con la pobre Mariana. Pero el año pasado había sido mi turno.

Está mal que lo diga, pero cuando la empezó a molestar a Mariana, yo casi, casi, me alegré, aunque, por otro lado, me dio una bronca bárbara. Es que Marianita y yo somos amigos, pero yo ya no aguantaba más.

Todo empezó el primer día de clases del año pasado.

Hernán era "el nuevo". Venía de otra escuela. En mi año no le hacemos rancho aparte a los nuevos porque siempre están viniendo chicos de otras escuelas. Mi mamá dice que es una escuela "comodín" porque tiene secundaria y los papás ponen a los hijos ahí para

asegurarse el banco.

Así que nos acercamos a Hernán como a cualquier otro chico nuevo. Pablo que había ingresado del año anterior le dijo:

-Mirá que acá no vas a tener problemas. A mí me recibieron re-bien los chicos el año pasado.

Pronto descubrí que los problemas no los iba a tener Hernán sino yo.

En mi año a nadie le había molestado nunca que a mí me gustara leer o que no me gustara mucho jugar al fútbol. Me ponían al arco y listo. Todos contentos y yo no tenía que correr tanto. Soy bueno atajando penales.

Pero a Hernán no le pareció bien. Al principio las cargadas me resultaban graciosas hasta a mí.

-¡Dale Patadura! ¡Andá al arco y hacé la tuya! -me gritaba cada vez que jugábamos un fulbito en el Parque San Martín después de clases.

Porque yo todavía seguía jugando al fútbol en esa época. Hasta que pasó lo que pasó.

Hasta que di mi clase especial para el profe de Música sobre Luis Alberto Spinetta. Esa que preparamos con mi papá que es tan fanático del Flaco como yo. Hasta que el profe, que debe ser tan fanático como nosotros, me puso un diez.

Hasta que entregaron los boletines y la maestra me felicitó.

Hasta que pifé un penal.

Después de esas cosas fue que empezó.



Hernán me esperó detrás de una columna en el patio: “Dale nerd, dame la tarea de sociales o les digo a todos que sos un mariquita que no sabe ni atajar”.

Y después en Educación Física, mientras el profe Guille buscaba las pelotas y ponía la red de vóley: “Gordo Batata, ¿vos vas a jugar vóley con semejante panza?”.

Hernán y las carcajadas de todos mis amigos.

Otro día, después, me llega un papelito que pasa de mano en mano en plena clase de Matemática. Me lo manda Hernán. El papelito dice: “O me das la plata que te dieron para el quiosco o te reviento la cara de una trompada en el recreo”.

La maestra me pesca y me reta. Me dice que le dé el papelito y yo no se lo doy y por eso termino en Dirección.

Me pongo nervioso cuando la directora me pregunta qué me pasa que ya no me porto como antes. Después me dice que por qué estoy empezando a bajar las notas. Yo me pongo mal y le contesto que a ella qué le importa y ella me contesta que no le falte el respeto.

Y, entonces, los llaman a mis papás. Y me como un reto de aquellos. De la maestra, de la directora, de mis papás. Entonces, y a pesar de no ser un buchón, él me pide

la plata todos los días y yo se la doy. Yo. Se la doy porque me da vergüenza. Porque tengo miedo de que se rían de mí mis amigos. De que Hernán me pegue alguna vez, porque se lo veo en la cara cuando me mira con odio. De que nadie me dé bolilla. De que no me inviten a jugar un fulbito al parque nunca más. Por nerd.

Después en casa es mi mamá la que, más tranquila, me pregunta qué me pasó que le contesté así a la señorita Alicia, la directora. Algo le cuento de Hernán. Pero no todo.

Y ella me dice que lo ignore y no me meta en problemas. Que esa es la única manera de solucionar estas cosas.

Lo peor es que se lo cuenta a papi. Él opina que lo mejor es “dormirlo de una trompada” a Hernán. Y entonces discuten entre ellos y yo me voy.

Yo pienso que yo no me meto en problemas, pienso que los problemas se meten conmigo. Pienso que la trompada me está esperando a mí. En cualquier momento.

Y cada día tengo más rabia.

Lo de los cachetazos y patadas en el baño, vino después.

Y de eso, no hablé. Solo me creció la bronca.



Actividades

1 Conversá con tus compañeros sobre los significados de las siguientes frases extraídas de la novela y, luego, **escribilos** a continuación.

• “En mi año no le hacemos rancho aparte a los nuevos...”

.....

.....

• “Y me como un reto de aquellos”.

.....

.....

• “...y me reta porque estoy como petrificado...”

.....

.....

2 Escribí V (verdadero) **o F** (falso), según corresponda. Luego, **reescribí** correctamente las que sean falsas.

El caparazón de la tortuga era extraño: la placa de la parte más alta sobresalía como si fuera un botón.

Antigua Pasolento amaba las flores de la Rosa japonesa y la tía Mabel, también.

El papá rescató de la inundación al mejor amigo de Teo y lo hizo ingresar a la casa por la puerta trasera.

Hernán había molestado a Teo durante todo el año pasado; ahora le estaba haciendo la vida imposible a Mariana.

La abuela Martita llamó a esa noche “El diluvio que viene”.

.....

.....

3 Respondé las siguientes preguntas.

a. ¿Quién relata la historia? ¿Qué persona gramatical utiliza?

.....

b. ¿Qué cosas le decía Hernán a Teo para insultarlo?

.....

.....

c. ¿Por qué Teo no se defendía ante el maltrato de Hernán?

.....

.....

d. Cuando Teo le contó a sus padres una parte de lo que sucedía con Hernán, ¿qué le recomendó cada uno?
¿Por qué creen que se pusieron a discutir entre ellos?

.....

.....